

Raymundo Mier*

Inestabilidades discursivas

1. LA HETERONOMÍA DINÁMICA DEL LENGUAJE

EN LO QUE FUE QUIZÁ SU ÚLTIMO TEXTO ESCRITO, una muy breve alocución con motivo de la recepción del Premio Hegel en junio de 1982, Roman Jakobson sintetiza en dos densas páginas lo que fue quizá su más importante contribución a la lingüística.

El *hic et nunc* de la realidad lingüística confronta a todo ser humano con la multiplicidad de campos espaciales y momentos temporales, y cualquier producción o percepción de lenguaje alcanza su manifestación más nítida mediante la selección y la combinación de entidades adecuadas tomadas de entre esta doble multitud.¹

Jakobson hace un recuento matizado de sus postulados. Alude apenas, de manera fulgurante, tangencial, a la inmensa variedad y amplitud de las tensiones inherentes al lenguaje: las heteronomías de espacios lingüís-

* Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco y Escuela Nacional de Antropología e Historia.

¹ Roman Jakobson, "Zur Dialektik der Sprache", en Roman Jakobson, H. G. Gadamer y Elmar Holenstein, *Das Erbe Heideggers*, Frankfurt: Suhrkamp, 1984, p. 8.

ticos, heteronomía que conlleva —para Jakobson— la alusión a una compleja articulación de estratos, tensiones y dinámicas que se conjugan para conferir su fisonomía particular al comportamiento lingüístico. Estratos que señalan ámbitos geográficos y sociales de uso —desde lenguas nacionales hasta sistemas locales de interacción— pero también estratificaciones que despliegan un rango vasto y matizado de calidades expresivas, de recursos formales de la lengua, de índices sonoros y formales que aluden a la identidad de quien habla o la revelan, convenciones que revelan saberes y linajes involucrados, y que se ponen en juego de manera insinuada a veces, velada otras, a veces mediante giros y expresiones intrincadas o que aparecen como evidencias inobjetables. Esta multiplicidad de campos espaciales también habla de dimensiones cambiantes del proceso lingüístico: regulaciones cuyo alcance se extiende a la lengua entera, que abarcan la vastedad de los fenómenos y la totalidad de los procesos comprometidos en el acto del lenguaje, pero también procesos de duración y rango ínfimos, suscitados por la peculiaridad de un encuentro, de un diálogo, de un desasosiego momentáneo de quien habla, de una vacilación o una señal de quien escucha, señales, guiños sintácticos, fonéticos, gestuales, anáforas o alusiones, ironías o torsiones de la expresión que define formas particulares de los enunciados, preferencias e inflexiones sintácticas, elecciones léxicas. El lenguaje también despliega referencias simultáneas a temporalidades discordantes, despliega durante su propio proceso la marca de contrapuntos narrativos y sintácticos, discordancias semánticas y tiempos en la enunciación que revelan cronologías autónomas de la lengua, lo narrado, lo referido: los tiempos de la sintaxis exhiben una lógica distinta del peso semiótico de los ostensivos; las diversas señales de la enunciación, las referencias al tiempo situacional del acto de lenguaje, se apartan de las expresiones narrativas del tiempo; la figuración icónica del tiempo en la sintaxis, por ejemplo, puede apartarse de los recursos del lenguaje para

evocar presencias y sistemas rituales mediante patrones rítmicos, como ocurre en la plegaria o la repetición que evocan los ecos monótonos y fascinantes de las letanias, las repeticiones sintácticas que aluden a augurios o a resonancias poéticas, la reiteración de patrones silábicos, acentuales o sonoros que señalan un tiempo íntimo del lenguaje, un tiempo a veces cifrado que revela no sólo un sentido, sino una historia singular de la significación.

Pero más significativo que esta alusión a un intrincado enlace de espacios y temporalidades, es la observación que Jakobson hace de la radical asimetría de los momentos estructurados del diálogo: la incommensurabilidad entre producción y percepción íntima o del otro; y de su necesaria alternancia. Espacios y tiempos de la producción, regulaciones y restricciones del lenguaje, formas de figuración y de expresión de temporalidades se enfrentan en esa oscilación entre la producción y la percepción, entre la expresión y el reconocimiento de los sentidos. Producción y percepción son autónomas en sus dinámicas respectivas, en sus evoluciones desiguales, en sus desempeños. No obstante, es posible encontrar en el acto comunicativo complejo no sólo su conjunción, sino sus interferencias recíprocas tanto como sus convergencias.

Jakobson, de manera mucho más enfática que Saussure, señaló la capacidad morfogenética de la interacción lingüística, su fertilidad capaz de suscitar y avivar la imaginación de las formas expresivas. El intercambio comunicativo, asegura Jakobson, incide en la esencia misma del sistema de regulaciones nucleares de la lengua y la perturba, a veces transitoriamente, a veces de manera duradera; la capacidad de los distintos regímenes de funcionamiento del diálogo exhiben lo frágil de la aparente serenidad esencial de la lengua, su engañosa estabilidad y persistencia del entramado interno —fonológico, morfológico, sintáctico, semántico y enunciativo— del lenguaje. Esa capacidad de morfógenesis —génesis de relaciones, de patrones, de inflexiones sin-

tácticas, de combinaciones fonológicas, esa perturbación de los perfiles aparentemente fundamentales del comportamiento sintáctico y semántico— se sustenta también, privilegiadamente, en esa transformación que el locutor hace de sí mismo, de la percepción de su propio lenguaje, de la experiencia de su distanciamiento o su convergencia con el lenguaje del otro, con lo que devela, con lo que eclipsa. La confrontación con el otro y con su propio lenguaje escuchado como ajeno, confrontación inconsciente la mayor parte de la veces, conjuga la metamorfosis de sí mismo como enunciador, con esa aproximación y distanciamiento del locutor al universo de regulaciones de quien lo escucha. Pero esa aproximación y distanciamiento no son tampoco un simple movimiento pendular, ni una elección o un impulso unitario. Configuran un juego donde simultáneamente, en ciertos órdenes, en ciertos ámbitos se produce la congruencia de las regulaciones, mientras en otros, se experimenta un enrarecimiento, una incongruencia, una tensión creciente entre las pautas del diálogo. En este proceso de abatimiento y engendramiento de tensiones, de deformaciones y fusiones de campos de regulación, señala Jakobson,

sometemos nuestro código a una variación máxima, a una inconstancia tanto de tiempo como de espacio. Así he reconocido la imposibilidad de separar variancia de invariancia.⁵

El lenguaje transita entonces entre un juego de perturbaciones, entre estructuras y condiciones virtuales y el espectro de variaciones que definen: el intercambio comunicativo mismo.

No obstante, es preciso quizá desandar un tanto ese camino de la intimidad entre invariancia y variación. Es necesario desbordar la idea de una simple concomitancia, de una complementariedad entre ambas, de un vínculo incidental o un proceso que a pesar de ser constante es sólo ocasionalmente significativo. Es preciso

⁵ Roman Jakobson, p. 8.

quizá explorar los límites de ese vínculo: la variación dentro de la invariancia, es decir, llevar a sus límites esa, en apariencia paradójica, «sincronicidad dinámica» que postulaba Roman Jakobson.

II. VARIANCIA E INVARIANCIA: OTRA MIRADA A LA INESTABILIDAD

La primacía epistemológica de la invariancia sobre la variabilidad ha definido el curso de la lingüística contemporánea. Roman Jakobson nos recuerda esa supremacía de la lengua sobre el habla, que se encuentra también en la primacía epistemológica de la competencia sobre la actuación, en la primacía de los esquemas invariantes sobre el espectro de sus conjeturales e ilusorias manifestaciones variables en el uso y el acto.

Esa "primacía epistemológica" ha engendrado a su vez un espejismo: una visión determinista del proceso lingüístico, una visión particular de sus comportamientos dinámicos, una certeza en el dominio de la invariante sobre la variación, de la estabilidad sobre la perturbación, de la estructura sobre el acontecimiento, de las configuraciones semánticas estables sobre las variantes, como si esta estabilidad proviniera de una naturaleza de las estructuras mismas, de su propia manera de «perseverar en su ser» (Spinoza). "Seguimos hablando la lengua de Cervantes", dicen todavía algunos. Pero esa perseverancia de las regularidades, aparentemente al amparo de la intemperie de la reiterada desolación de la historia basta para consolidar una certeza, casi una fe en la imperturbable esencia de las gramáticas y las estructuras simbólicas autónomas.

Sólo que los mecanismos de esa duración, de la persistencia de esta regulación, su estabilidad, se han mantenido al margen de la interrogación lingüística, se ha preservado como una certeza construida sobre el enigma irresuelto, incluso desdeñado, de la naturaleza de ese tejido de normas, de imperativos, de restricciones que

ha resistido todo intento de dilucidación, que ha derrotado todas las inquisiciones formales. Y sin embargo, esta condición enigmática no le ha impedido a la lingüística una precipitada delimitación de su ámbito de explicación, sustentado por un postulado especulativo: el carácter unitario del proceso regulatorio. Este proceso unitario no quiere decir por supuesto una uniformidad de las reglas, de sus morfologías, de sus objetos: es claro que todas las teorías reconocen distintos tipos de reglas, de planos, de subsistemas; más bien, ese proceso unitario se refiere esencialmente a su consistencia interna, a su economía de medios y quizá, más enfáticamente, a su estabilidad.

La noción de estabilidad ha sido las más de las veces un presupuesto, un fundamento tácito de la reflexión lingüística; ha sido una respuesta irreflexiva, ha expresado una convicción ante la evidencia aparente de las regularidades históricas de la lengua. Se ha hablado de la perseverancia de las estructuras, o más entusiastamente aun en ciertos círculos, de la condición innata de esas regulaciones. Innatismo y universalidad presuponen de manera íntima esa transformación del postulado de estabilidad en afirmación sobre la esencia del lenguaje.

III. LOS ENIGMAS DE LA ESTABILIDAD

La caracterización de las nociones de *relación* y de *diferencia* define de manera crucial la concepción más habitual del lenguaje. La lingüística contemporánea en todas sus vertientes podría encuadrarse de manera metafórica en lo que Prigogine y Stengers han definido como esa configuración extraña, inusual, incluso monstruosa: los «sistemas integrables»:

Raros son los sistemas integrables —entendible como un conjunto de «unidades» que evolucionan en un movimiento pseudoinercial, sin interacción los unos con los otros. Cada «unidad monádica» no se halla determinada en cada uno de

sus movimientos por las interacciones en el seno del conjunto [agregat], cada uno despliega su propia ley por cuenta propia, sólo en un sistema del cual es estrictamente un reflejo puesto que su definición misma lo supone y lo traduce en todos sus detalles.³

En efecto, para la lingüística contemporánea las relaciones no implican, por sí mismas, un carácter dinámico. La relación *a* puede transformarse en una relación *b*. Pero ambas preservan una identidad. Para la lingüística contemporánea los vínculos gramaticales o léxicos no admiten esa tensión agonística, esa naturaleza fluctuante, esa zona indeterminada de validez, los rangos mutables; no admiten tampoco la inestabilidad inscrita en el vínculo articulado. La célebre imagen tomada apresuradamente de Saussure sobre la congruencia relacional de la lengua, preserva la imagen de un comportamiento idílico aun cuando se introduzcan, como en las versiones contemporáneas, no por ello menos arcaizantes y confusas de la lingüística, zonas difusas, identidades de perfiles en centros duros con contornos difuminados. Para estas visiones, la naturaleza variacional de la lengua no se encuentra en el carácter mismo de la relación. Las transformaciones, cuando son integradas al modelo de la lengua, aparecen como operaciones externas que modifican ya sea al objeto a la relación, pero la relación misma parece intacta, indiferente a la fluctuación. Incluso el propio Jakobson, que hizo de la variación una de las condiciones capaces de definir el comportamiento lingüístico, concibió privilegiadamente la variación como relativamente externa al orden invariante de la relación misma.

El juego continuo, complejo y orientado de las invariantes y las variaciones se muestra como una propiedad esencial, muy profunda del lenguaje en cada uno de sus niveles.⁴

³ Ilya Prigogine, Isabelle Stengers y Serge Pataut, "La dynamique. De Leibniz a Lucrece", *Critique* 380, 1979, p. 42.

⁴ Roman Jakobson, "L'agencement de la communication verbale", en *Essai de linguistique générale*, 2 vols. París: Minuit, 1973, II, p. 82.

Quizá lo que hoy podemos concebir es precisamente otra forma particular de la variación: la perturbación como deformación, como transformación de la trama relacional misma. La variación como inscrita en la propia relación, como intrínseca a la propia invariancia, la relación no como vínculo, ni como esquema formal productivo, sino como tensión, como regla sujeta en sí misma a mutaciones.

Esta condición de la perturbación lingüística, la perturbación como condición intrínseca a la relación misma, desconoce la noción de elementos invariantes, de formas fijas, de modelos que constituirían el punto de partida para el engendramiento del espectro complejo de variaciones. Es en el interior de cada elemento dotado de una identidad reconocible que encontramos una tensión que define la precariedad de los vínculos formales entre los elementos lingüísticos.

La introducción de la condición de inestabilidad en las relaciones constitutivas de la lengua, en la trama íntima de sus relaciones, el rechazo del carácter absoluto de los elementos "invariantes" de la lengua obliga necesariamente a un reformulación teórica adicional. No es la estabilidad de la lengua, la persistencia del régimen de competencia o las figuras invariantes que subyacen a operaciones variacionales las que determinan la estabilidad del habla o la regularidad de las estrategias en los intercambios lingüísticos. Sino que es la naturaleza de los vínculos intersubjetivos, las restricciones impuestas a la naturaleza de las interacciones sociales la que delimitaría el ámbito de variación de las relaciones de los elementos constitutivos de la lengua. No se trata, estrictamente hablando, de una inversión de las determinaciones entre lengua y habla, entre competencia y actuación o entre patrones invariantes de base y el espectro de sus derivaciones, sino un régimen fluctuante de equilibración entre las determinantes situacionales y contextuales —como les llamó Jakobson— del intercambio y las determinantes que definen la identidad relativa de los elementos lingüísticos.

Se acrecienta enormemente la importancia de las operaciones lingüísticas y los mecanismos discursivos de reflexividad explícita o implícita. Jakobson había ya indicado, entre líneas, la immanencia de los recursos metalingüísticos, el carácter de las operaciones reflexivas de la lengua inherentes a *todo* acto de intercambio. Los recursos metalingüísticos se multiplican: se sustentan en traslaciones e interpretaciones no discursivas —en regímenes proxémicos, en patrones gestuales, en mecanismos— aparecen en una reflexividad propia, autogenerada, y en el mecanismo dialógico mismo. Todo mecanismo lingüístico de *encabalgamiento* o de *circularidad* —nuevamente en términos de Jakobson— presupone una figuración metalingüística. Aquí sería preciso acotar que la noción jakobsoniana de metalenguaje es completamente ajena a la desarrollada por las perspectivas de la filosofía analítica y tiene esencialmente un sentido dinámico: define un recurso para producir no solamente una consolidación de los patrones de interacción lingüística, sino también, de manera compleja, las condiciones de una estabilidad de las estructuras lingüísticas, semánticas, fonológicas, tonales e incluso sintácticas, comprometidas en el intercambio. Podría decirse que la estabilidad provocada por los recursos metalingüísticos "se propaga" de la percepción subjetiva de las condiciones, situacionales y contextuales del intercambio a las formas estructurantes de los patrones íntimos de la lengua. Es la resonancia, incluso la redundancia de los elementos semánticos, la ratificación de los presupuestos de la interacción, la preservación de los sobreentendidos, el juego de analogías y tensiones inferibles en los distintos planos del lenguaje y la traductibilidad virtual entre elementos lingüísticos en planos heterogéneos, lo que suscita un efecto diferido de reflexividad lingüística.

IV. GLOSOLALIA, COMUNICACIÓN FÁTICA Y METÁFORA

De ese juego de tensiones surge con más fuerza la naturaleza al mismo tiempo enigmática y reveladora de

dos fenómenos extremos, en cierto sentido similares: la glosolalia y la comunicación fática. Estas formas de la comunicación aparentemente marginales pero intrínsecamente presentes en toda tentativa de intercambio, el lenguaje hecho de la violencia sugerente de la sacralidad pura, del acto de donación de la toma misma de la palabra, al margen del sentido, lenguaje sin representaciones, una insignificancia que engendra un equilibrio o aquiescencia de las degradaciones de los intercambios colectivos, una materia que sitúa el lenguaje para exacerbar los vínculos colectivos a través de la creencia. Glosolalia y comunicación fática representan actos sin sentido capaces de suscitar, sin embargo, a la vez la cohesión y convicción. El rostro negativo del juego metalingüístico: aquello que no suscita ni sugiere traslación a otro sentido, no admite ni tolera la interpretación y no obstante incita la confirmación del vínculo de intercambio y sustenta la fe e incluso el placer y el juego. Un acto de lenguaje, o quizá valdría decir, paralingüístico, una mera gesticulación enunciativa que hace irrelevante el movimiento reflexivo del lenguaje, que disuelve el peso de los códigos, que reside en la fuerza misma de la materia perceptible de la lengua sólo para suprimir la incidencia perturbadora de las regulaciones de la significación. El código, la gramática, las regulaciones de la significación se revelan como factor de perturbación. No solamente por la trama de tensiones, de fluctuaciones, de inestabilidades que definen las relaciones entre las identidades locales de sus distintas entidades y regulaciones: entre significados gramaticales (Jakobson) y significados léxicos, entre las estructuras inestables de la sintaxis, entre las exigencias de la comunicación y los imperativos esibidores del desempeño gramatical.

Otro fenómeno que ha ocupado la atención recurrente de algunos lingüistas y filósofos del lenguaje es la metáfora. En apariencia marginal, como han demostrado Lakoff y Johnson, la metáfora está intrínsecamente vinculada al lenguaje en sus dimensiones más íntimas y a

veces imperceptibles. La metáfora exhibe la tensión irreductible no sólo en el interior del lenguaje, en la trama misma de la sintaxis, en la deslocalización del foco de perturbación, en la indeterminación de la regulación lingüística que la produce. Sugiere también una perturbación en el acto de lenguaje, en el proceso enunciativo mismo: disloca tanto la referencia como la posición del enunciadore, el sentido de la acción, la percepción y la incidencia de los factores situacionales y desarticula la congruencia del régimen contextual. En la secuencia de metáforas:

miré estos labios de coral (debería ser claro que coral se refiere al color escarnado, provocado acaso por la afluencia de sangre en los labios y no a la superficie cortante, porosa y desgarradora de la superficie del coral marino)

miré estos labios de carnicería (que sugiere también algunos elementos de color rojo intenso pero que introduce de manera más violenta y perturbadora una representación de crueldad o una intensificación particular de las imágenes de desgarramiento y mortandad)

miré estos labios de rastro (que introduce un término dual: una de sus acepciones muy próxima semánticamente a *carnicería* pero que proviene de un término de uso descriptivo y funcional relativo a la producción de carne, el otro que se aparta drásticamente del ámbito semántico del desmenuamiento para hacer presente el sentido de huella, de testigo).

La metáfora progresivamente se entorpece, pero no solamente se hace inestable el peso metafórico de la palabra *coral*, arrancada de su situación y su contexto, sino de la estructura sintáctica misma, la identidad del enunciadore, la naturaleza del acto lingüístico. A medida que nos desplazamos entre esas metáforas los términos mismos de *labios* y de *mirar* se hacen inaprehensibles. La tensión se acrecienta en el caso de *rastro* aun a pesar

de que se han preservado todos los rasgos de evocación metonímica de color encarnado, *presencia sanguinolenta, destazamiento, crueldad*. Se puede, ya la misma gramática consagra esa posibilidad, *mirar un rastro*. La gramática y la semántica nos permiten también, irremediablemente, *mirar unos labios*. Podemos también, evidentemente *mirar un rastro de labios*. Lo que nos está vedado imaginar es precisamente *mirar esos labios de rastro* (¿Lo perturbador será aquí esa partícula que señala, el *esos* que apunta a un objeto efectivamente presente? ¿Podríamos legitimamente *mirar labios de rastro*, en alguna pesadilla, imaginar alguna secuencia narrativa capaz de conferir coherencia a esta construcción disolvente, pero alguna vez podríamos *mirar estos labios de rastro*?

Encontramos en el funcionamiento semántico de la metáfora, en el seno de un campo de enunciación determinado, un parentesco extraño con la elipsis. La metáfora se desdobra en su relación con la elipsis: la elipsis aparece como un efecto de sentido que revelaría una utopía extraña del lenguaje. Jakobson llamó también la atención sobre la intervención de la *elipsis*, no como un recurso de construcción ni como una operación retórica, sino como una condición expresa de cada uno de los niveles de regulación del funcionamiento lingüístico

En cada nivel del código lingüístico, observamos una escala de transiciones que van de una explicitación máxima a la estructura elíptica más condensada.³

Si la contextualización y la percepción situacional se prolongaran al infinito *todos* los elementos lingüísticos que articulan cualquier expresión lingüística, incluso el caso más evidente de la metáfora, serían restituibles al significado de la expresión. Se conjuraría la opacidad del enunciado. Esa utopía es desmentida por la lengua misma. Hay metáforas cuyo hermetismo desalienta la promesa inherente al efecto *elíptico*.

³ Roman Jakobson, "L'agencement de la communication verbale", p. 85.

*En los marinos bordes de la herida aterrizan
el respirante número*

Paul Celan

La metáfora propaga su efecto perturbador hasta el ámbito de la interacción. El régimen de enunciación se disloca. Ni siquiera apelando a los recursos de la pragmática y al viejo e insignificante lugar común de que la semántica y la pragmática están separadas por una frontera improbable y elusiva podemos atenuar la violencia de la progresión incierta de esas metáforas. El acto mismo es incalculable: se pasa del elogio cursi y dulzón, del lugar común que no por serlo atenúa la función metafórica del fragmento, a la metáfora con inflexiones perversas, a la visión que puebla la psicosis o la televisión con horario triple A, para de ahí transitar a lo irreducible, al absurdo, la locura o por el contrario la condensación sintética de enunciados descriptivos (piénsese en una pieza narrativa donde el personaje referido trabaja, *efectivamente*, en un rastro). El enunciado puede ser más una *recriminación*, una expresión de *compasión*, de *tolerancia*, incluso de *cariño*. *Estos* puede referirse al sujeto mirándose en el espejo o bien a la presencia real o evocada pero íntimamente presente del objeto o su correlato metafórico.

Hay otro fenómeno inquietante; la pseudometáfora. Esas expresiones que lindan con la metáfora pero que la desbordan, que la exceden y, no obstante, se preservan intactas, casi desapercibidas en el lenguaje ordinario.

Se oye de pelos

Quizá algún analista no mexicano, ajeno a las prácticas lingüísticas de la juventud de los años setenta, podría interpretar el enunciado como un vestigio de la expresión metonímica para el miedo: *los pelos de punta* y relacionarlo con enunciados canónicos no menos perturbadores pero ya absolutamente aclimatados en nues-

tra y en otras lenguas como *se oye de miedo* (emparentado con el *terrific* en lengua inglesa) que, utilizado en ciertas condiciones puede querer decir, sin sombra de ironía, que "se escucha magníficamente". Un elemental rastreo de la procedencia del término podría reconocer el origen real, mucho menos noble a la expresión. No obstante, en su uso actual no se trata simplemente de una extravagancia, como tampoco se puede reconocer sino un largo trayecto de enrarecimientos, de tensiones que han logrado implantarse al precio de perder todas sus resonancias originales, incluso el peso de su literalidad. No hay entonces vínculo propiamente metafórico en esta expresión, sino lo que Edmund Leach ha llamado una «fusión metafórica de contextos», lo cual traslada a las condiciones contextuales y situacionales la operación de redefinición y de perturbación de las pautas reguladoras del sentido de la expresión.

Dos consecuencias particulares surgen de esta aproximación: la debilidad explicativa del innatismo, la no plausibilidad de las hipótesis de patrones invariantes como punto de partida en la génesis de las variaciones y la dudosa convicción de la autonomía del orden simbólico. En efecto, la conjetura sobre la universalidad formal de los lenguajes no involucra una "fatalidad" operacional. El lenguaje quizá toma las morfologías estables, recurrentes, persistentes y diseminadas en distintos ámbitos geográficos y culturales, no porque "no pueda no ser" de esa manera, sino porque quizá hay patrones morfológicos y relaciones de organización lingüística que atenúan la intensidad de las fluctuaciones internas de la lengua y su resonancia en los patrones de interacción cultural.

La naturaleza compleja de la autorregulación entre regímenes heterónomos de la lengua, entre los vastos y variados conjuntos de regulación que convergen en el proceso lingüístico fue reconocido en toda su amplitud ya hace mucho tiempo por Roman Jakobson:

La explicación más plausible de esos principios totalmente o casi totalmente universales en lo que concierne a la admi-

sibilidad o interconexión de rasgos reside aparentemente en la lógica interna de los sistemas de comunicación dotados de capacidad autorreguladora y autodirectiva.*

Quizá no podemos concluir, como lo hace tajantemente Mary Douglas llevando hasta su límite las consecuencias de las tesis de Durkheim, que son los regímenes de interacción los que definen los regímenes de comportamiento simbólico, determinan sus alcances, sus latitudes, sus posibilidades de mutación, la flexibilidad de sus recursos expresivos, pero podemos proponer que las formas de construcción de la estabilidad de las regulaciones del lenguaje no imperan sobre el campo de las acciones, no las definen; que el lenguaje, arrancado de las determinaciones que le impone el campo mutable, pero finito, económico, de la interacción, sería una conjugación insensata, irrecuperable, absolutamente dislocada de vestigios de significación. Y que es la inestabilidad intrínseca de las regulaciones internas de la lengua en conjugación con otras formas turbulentas de inestabilidad que conforman las pautas de interacción lo que confiere, paradójicamente, su invencible estabilidad a la lengua.

* Roman Jakobson, "L'agencement de la communication verbale", p. 84